

# NORMA LINGÜÍSTICA Y ARTIFICIO LITERARIO EN LA LOZANA ANDALUZA

Juan A. Frago Gracia

1. En la Introducción que a su edición de *La Lozana andaluza* hace Damiani acierta este autor cuando sin ambages piensa que se equivocaba Menéndez y Pelayo al considerar inmunda, fea y de nulo valor tan señalada creación literaria<sup>1</sup>, pues, sin duda, la ortodoxia y la rigidez de su ideario católico habían conseguido ofuscar en esta ocasión la visión crítica del insigne polígrafo. Ahora bien, el tópico continúa acompañando aún hoy a no pocas opiniones concernientes al jugoso retrato romano del clérigo cordobés o jiennense, así a las del citado Damiani, por más que la moralina se vea ahora trocada en desconocimiento filológico, desconocimiento que da pie a planteamientos distorsionados en algunas de sus líneas maestras. En efecto, un aspecto aparentemente decisivo —ya veremos que no lo es tanto, sin embargo— que se ha querido identificar en la naturaleza andaluza de Francisco Delicado y de su mundana protago-

<sup>1</sup> FRANCISCO DELICADO, *La Lozana andaluza*, edición de Bruno M. Damiani (Clásicos Castilla, Madrid 1972), p. 13 de la *Introducción biográfica y crítica* a este texto, que, salvo cuando expresamente lo indique, es el que para este trabajo expurgo y utilizo; lo citaré por *Lozana* con remisión a página o mamotreto (abreviado en singular *M.*) según convenga.

Desde ahora debo aclarar que no es pretensión mía enmendar la plana a cuantos estudiosos de la literatura han venido ocupándose de esta obra, pero es evidente que algunos críticos —lejos de mi ánimo cualquier intento de generalización, pues sobradamente conocidos son los numerosos casos que se sitúan en el polo opuesto de la situación aquí denunciada— dan muestras de una formación filológica excesivamente débil, lo cual a todas luces perjudica la coherencia de sus análisis, y hasta aspectos más o menos puntuales de sus ediciones de textos antiguos pueden así quedar oscurecidos, si no falseados. Pienso a este propósito que *La Lozana andaluza* por su enorme complejidad lingüística era merecedora de una atención mucho mayor de la que sobre el particular al que me refiero ha recibido, pues estoy convencido además de que sus mismos valores literarios no perderán realce, sino todo lo contrario, porque se produzca un contraste entre lo que en la época de referencia podía ser hecho normal de habla y su manejo artificioso o artístico.

nista, ha servido para condicionar el parcial desenfoco que sufre el texto en cuestión a los ojos del erudito que de él se ocupa, cuyo análisis sale francamente malparado en lo que toca a su vertiente lingüística. Y es una apreciación elemental la de que, si el criterio filológico falla, quedarán en la penumbra o serán mal interpretados recursos literarios y estilísticos que cualquier autor elabora a partir de las posibilidades que le ofrece su propia lengua, en las diversas normas culturales, sociales y regionales de que consta.

1.1. En consonancia con lo que llevo dicho, Damiani sí asume el particular punto de vista que sobre el contenido idiomático de *La Lozana andaluza* expresaba Menéndez y Pelayo:

Lejos de estar escrita en «lengua castellana muy clarísima», como anuncia el frontis, lo está en aquella lengua franca o jergonza italohispana usada en Roma por los españoles de baja estofa que llevaban mucho tiempo de residir allí, y que, sin haber aprendido verdaderamente la lengua ajena, enturbiaban con todo género de italianismos la propia<sup>2</sup>.

Yerra, desde luego, este estudioso haciéndose partícipe de semejante idea, y más todavía en el momento en que intenta introducir un fuerte componente de regionalismo, y aun de dialectalismo, en la obra de referencia: «La *Lozana* es, pues, una fuente rica en usos lingüísticos, en giros idiomáticos y de modo particular en vocablos y frases del vulgo andaluz que se había trasladado a Italia a principios del siglo XVI»<sup>3</sup>. Y ello basándose en el supuesto carácter probatorio de estas palabras del mismo Delicado:

Y si quisieren reprehender que por qué no van muchas palabras en perfeta lengua castellana, digo que, siendo andaluz y no letrado, y es-

<sup>2</sup> Texto de Menéndez y Pelayo aducido por Damiani en su *Introducción a la Lozana*, p. 23. Más afinado está en sus apreciaciones sobre esta cuestión Giovanni Allegra, quien observa que Delicado tiene «el gusto y las cualidades espontáneas de la contaminación», aludiendo, claro está, a la mezcla que nuestro autor hace de italiano y español: en el *Estudio preliminar* que dicho estudioso dedica a su edición de *La Lozana andaluza* (Taurus, Madrid 1983), p. 39. Allegra matiza y precisa bastante mejor que Damiani el concepto de «lengua franca» que Menéndez y Pelayo identifica en el contenido idiomático de la *Lozana*.

<sup>3</sup> *Introducción a la Lozana*, p. 24. Menos categorico resulta Allegra cuando nota que en la obra del clérigo andaluz «conviven, en mezcla hedonista, con el léxico familiar andaluz, el empleo caricaturesco de antiguas patrañas y figuras proverbiales, el uso eficaz de italianismos y de otras parcelas idiomáticas» (*ob. cit.*, pp. 38-39). Es curioso comprobar cómo, no habiendo estudios sobre la historia del léxico andaluz, los literatos hacen afirmaciones de semejante calado sin, se mire como se mire, el menor soporte filológico que las avale. Otro erudito, Angus Mac Kay, tras exponer la idea de que la *Lozana* «es un fiel retrato de los sectores humildes de la sociedad de Andalucía y de Roma» —insistirá luego en ella diciendo que «del ambiente andaluz no cabe duda»—, se hace eco de la expresión «naturalismo fotográfico» que Menéndez y Pelayo aplica a este corpus, y llega a manifestarse en los siguientes términos: «a pesar de que la obra parece como simple transcripción del conversar de los protagonistas...», en «Averroístas y marginadas», *Actas del III Coloquio de Historia Medieval Andaluza. La sociedad medieval andaluza: grupos no privilegiados* (Diputación Provincial-Instituto de Cultura, Jaén 1984), pp. 247-248. No es posible que de la consideración de aspectos meramente extralingüísticos casi en su totalidad se saquen conclusiones lingüísticas tan generalizadoras, fruto de un impresionismo sin base científica mínimamente consistente.

cribiendo para darme solacio y pasar mi fortuna, que en este tiempo el Señor me había dado, conformaba mi hablar al sonido de mis orejas, qu'es la lengua materna y su común hablar entre mujeres. Y si dicen por qué puse algunas palabras en italiano, púdelo hacer escribiendo en Italia, pues Tulio escribió en latín, y dijo muchos vocablos griegos y con letras griegas. Si me dicen que por qué no fui más elegante, digo que soy ñorante, y no bachiller<sup>4</sup>.

1.2. Demasiado al pie de la letra toma Damiani esta serie de afirmaciones de quien escribió la *Lozana*, e incluso exagera alguna de ellas desde que endosa sin matizarla la opinión de Menéndez y Pelayo, que habla de una «lengua franca o jerigonza italohispana», lo que en la pluma de Damiani se traduce en que «el lenguaje de sus personajes es un reflejo del diálogo palpitante, tal como él lo oía en Italia<sup>5</sup>». En lo que sigue me ocuparé de aquilatar más la presencia del italianismo en esta pieza literaria, si bien ya hay que hacer constar que en el párrafo de la *Lozana* aducido sólo se dice «puse algunas palabras en italiano». Pero antes habré de aludir también, siquiera sea de pasada, a las otras dos cuestiones en la misma cita textual contenidas.

La primera atañe al, para mí falso, andalucismo lingüístico de la *Lozana*, y no porque las hablas meridionales no se hallaran suficientemente diferenciadas en el contexto del español regional de la época, sino porque Delicado apenas echa mano del peculiarismo diatópico, por más que ponga por delante su condición de andaluz para disculparse de los posibles yerros que el lector exigente o purista pudiera achacarle, e idéntica excusa esgrimiría en el prólogo al tercer libro de la edición veneciana del *Primaleón*. Pero todo ello no deja de constituir un retórico argumento, por lo demás profusamente utilizado en los siglos XVI y XVII por escritores de las más variadas procedencias regionales. Todavía habría que recordar la circunstancia de que Francisco Delicado se mueve contradictoriamente en materia de normatividad lingüística, y, si no, piénsese en aquella anunciada «lengua española muy claríssima» del frontis<sup>6</sup>, aparte de que en ese período histórico tales notas por lo general más que nada eran simples manifestaciones —eruditas unas veces, retóricas otras— de una discusión sobre el mayor o menor grado de nobleza de las distintas lenguas, que a tantos tratadistas apasionó. En España, con el concepto de *lengua compañera del imperio* como trasfondo, empezó a darse la comparación entre las diversas normas regionales del castellano —tengamos ahora en cuenta, por ejemplo, a Gonzalo García de Santamaría, hacia 1490, y a Juan de Valdés con su *Diálogo de la lengua*, de 1535— y hasta entre diferentes dialectos, cuyo tratamiento literario

<sup>4</sup> *Lozana*, p. 248. Damiani aduce este párrafo de la «Apología» de Delicado en la página 24 de su *Introducción*, pero suprimiendo un pasaje («Si me dicen que por qué no fui más elegante, digo que soy ñorante, y no bachiller») a mi modo de ver fundamental para entender el verdadero sentido, en buena medida retórico, de dicha cita.

<sup>5</sup> *Lozana*, p. 24.

<sup>6</sup> Véase GUILLERMO L. GUITARTE, «¿Valdés contra Delicado?», *Homenaje a Fernando Antonio Martínez* (Instituto «Caro y Cuervo», Bogotá 1979), pp. 147-167.

muy pronto dio lugar a la creación de un auténtico tópico, con frecuencia vacío ya de su contenido lingüístico<sup>7</sup>.

La segunda de las cuestiones apuntadas tiene que ver con esa falta de formación intelectual que reiteradamente se atribuye el mismo Delicado («digo que soy ñorante, y no bachiller»). A pesar de tan interesada confesión de ignorancia, ningún estudioso de este autor se atrevería hoy a admitírsela, pues el clérigo andaluz no sólo se enorgullece también de haber sido discípulo de Nebrija, sino que su actividad editorial en Italia y el análisis de sus escritos bastan a probar todo lo contrario; en ellos no sólo tiene una gran incidencia el cultismo léxico, pues asimismo aflora por doquier la erudición latina, así como la familiaridad con la literatura española y el conocimiento de muchos aspectos de la vida europea de su tiempo que Delicado constantemente demuestra. Si alguna duda quedara sobre el particular, sería suficiente para disiparla la mera consideración de lo que realmente significa dicha pretendida incultura en este fragmento de la «Apología»:

Ansimismo, por este retrato sabrán muchas cosas que deseaban ver y oír, estándose cada uno en su patria, que cierto es una grande felicidad no estimada. Y si alguno me dirá algún improprio en mi ausencia al ánima o al cuerpo *imperet sibi Deus*, salvo ñorante, porque yo confieso ser un asno, y no de oro<sup>8</sup>.

1.3. Ni jerigonza, pues, ni lengua de gentes de baja condición cultural de una determinada región, Andalucía en este caso. La *Lozana* es muestra única de realismo lingüístico en una creación literaria, con un abundantísimo diálogo que es un prodigio de riqueza léxica, a la par que modelo de precisión y de libertad idiomática, todo en uno. Ahora bien, estos planos que la obra de Delicado ofrece al análisis sólo adquirirán su exacta dimensión si se toman vinculados al estado de la lengua española en el primer tercio del siglo XVI, y de lo que en dicho contexto histórico significa la figura del autor por su origen regional, por su formación intelectual y por la actitud que ante el hecho lingüístico adopta. A partir de aquí cobrarán también un más completo sentido los artificios literarios que sobre esa compleja base idiomática y cultural es capaz de lograr.

2. No hay seguridad sobre cuál sea el lugar de nacimiento de Francisco Delicado, pues aunque él considera a la Peña de Martos (Jaén) como su patria chica, opina Damiani que debió ser natural de la diócesis de Córdoba, lo que tampoco supone una gran precisión<sup>9</sup>, y Allegra coincide en que habría visto la

<sup>7</sup> De esta problemática en sus vertientes lingüística y literaria trata mi artículo «Tópicos lingüísticos y tipos cómicos en el teatro y en la lírica de los siglos XVI-XVIII», en *Philologia Hispalensis*, I (1986), pp. 85-116.

<sup>8</sup> *Lozana*, p. 249. No sólo hay aquí una sintaxis perfectamente elaborada, cuidada y medida en la correspondencia de las frases que forman el texto, una sintaxis cultísima en definitiva, aun contando con la inclusión del giro italianizante *si alguno me dirá*, sino que también es preciso contar con el latinismo oracional *imperet sibi Deus* y con la alusión al *Asno de Oro* de Apuleyo que en él se da.

<sup>9</sup> En su *Introducción a la Lozana*, p. 10.



luz por primera vez en tierras cordobesas y que se criaría después en la jiennense Martos<sup>10</sup>. Nada de concreto, por consiguiente, en lo que a este punto se refiere, más allá de lo que son datos o indicios autobiográficos que nuestro clérigo desliza en sus escritos. Como quiera que sea, si él mismo tenía a la citada localidad por cuna suya, ninguna razón de peso hay para desdecirlo, mientras no aparezca el dato de archivo que venga a solventar definitivamente esta cuestión biográfica. Pero es que ni siquiera hace falta una mayor precisión al respecto, pues el término municipal de Martos por el oeste y por el norte se integra plenamente en la Campiña bética; es decir, la comarca marteña queda incluida en la vieja Andalucía que constituyeron Córdoba, Sevilla, Cádiz y Huelva, Andalucía occidental en términos tanto geográficos como dialectales, a diferencia de la porción penibética u oriental (casi todo Jaén, Almería, Málaga y Granada), que prácticamente hasta el siglo XIX no se juzgó del todo perteneciente a una región andaluza única, que no es lo mismo que uniforme<sup>11</sup>.

2.1. Desgraciadamente, los estudiosos de la literatura, igual cosa les sucede a no pocos lingüistas, no suelen tener en cuenta esta realidad histórica, que, como en el caso que ahora me ocupa, puede arrojar claridad sobre rincones más o menos oscuros, entre ellos el que se acaba de mencionar. En efecto, Francisco Delicado se llama *andaluz* en repetidas ocasiones, y *andaluza* será la Lozana, cordobesa ella: «la señora Lozana fue natural compatriota de Seneca», «señora tía, aquí veo muy bien, aunque tengo la vista cordobesa»<sup>12</sup>; pero es preciso ver que este patronímico no tiene en la *Lozana* igual alcance que en el español moderno, pues, como en el diálogo que traigo a colación se verifica,

<sup>10</sup> Realmente Allegra es categórico sobre esta cuestión, pues, basándose en palabras del propio autor literario, afirma: «Nació Delicado en la provincia de Córdoba hacia 1480 o poco después; se crió en Martos...» (*Estudio preliminar*, pp. 46-47).

<sup>11</sup> No es algo que se diera con absoluta regularidad, desde luego, pero sí fue bastante frecuente que hasta finales del siglo XVIII se identificara Andalucía con su parte occidental y más particularmente con el Reino de Sevilla, aunque en esta centuria, como «un reflejo de la creciente unificación de mentalidad y costumbres», se haga extensible lo «andaluz» a todo el sur de España: A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Ariel, Barcelona 1976, p. 215. Sin embargo, no faltan textos en los que todavía no se refleja este proceso de expansión toponímica, como aquel folleto de hacia 1722 en el que se incluyen los casos de varios condenados por la Inquisición aragonesa que habían nacido en el mediodía peninsular, de los que únicamente se indica su naturaleza andaluza por referencia a uno procedente de la actual provincia de Sevilla («Luis Fernando de Villarroel, natural de la Villa de Estepa, en Andalucía...»): *Relación de los autos particulares de Fe, que se han celebrado en las Inquisiciones de Valladolid, en la Iglesia Parroquial del Señor San Pedro, el día 24 de Agosto deste presente año de 1722, y de la de Zaragoza, en la Iglesia del Real Convento del Seráfico Padre San Francisco, Domingo 11 de Octubre de dicho año* (p. 6 del original conservado en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza). Tal vez el criterio más sólido que podía esgrimirse en favor del origen cordobés de Delicado sea la confusión seseosa apreciada en alternancias entre las grafías *s* y *s-z* que en la edición príncipe se escapan, así como la igualación de */x/* y */h/* que revela el refrán «a la par, a la par llegamos a Xódar», teniendo en cuenta las diferencias que en el fonetismo las provincias de Córdoba y de Jaén hoy, y presumiblemente en el pasado también, manifiestan. De todos modos, la posible dilucidación de este problema tendría que ser objeto de consideraciones mucho más amplias que las que en este artículo puedo permitirme.

<sup>12</sup> *Lozana*, pp. 37, 41.

Delicado distingue a la perfección entre «andaluzas» y «granadinas» o «malagüesas»:

Valijero. Señora, no, hay de todas naciones: hay españolas castellanas, vizcaínas, montañesas, galicianas, asturianas, toledanas, *andaluzas*, *granadinas*, portuguesas, navarras...

Lozana. ¿Y *malagüesas*?

Valijero. Todas son maliñas y de mala digestión<sup>13</sup>.

Consiguientemente, Francisco Delicado vino al mundo en la Andalucía propiamente dicha, la única existente a finales de la Edad Media, en algún punto de esa área tan llena de afinidades de todo tipo que forman las franjas occidental y oriental de las actuales provincias de Jaén y de Córdoba, respectivamente. En la *Lozana* incluso se siente una particular predilección por la toponimia de dicho espacio fronterizo, al que, por ejemplo, pertenece la mayor parte de las poblaciones que en el siguiente párrafo se indican:

acordándose de su patria, quiso saber luego quién estaba aquí de aquella tierra y, aunque fuesen de Castilla, se hacía ella de allá por parte de un su tío, y si era andaluz, mejor, y si de Turquía, mejor, por el tiempo y señas que de aquella tierra daba, y embaucaba a todos con su gran memoria. Halló aquí de Alcalá la Real, y allí tenía ella una prima, y en Baena otra, en Luque y en la Peña de Martos natural parentela. Halló aquí de Arjona y Arjonilla y de Montoro, y en todas estas partes tenía parientes y primas, salvo que en la de Torredonjimeno que tenía una entenada, y pasando con su madre a Jaén, posó en su casa, y allí fueron los primeros grañones que comió con huesos de tocino<sup>14</sup>.

2.2. En ésta, y en otras citas del género que cabría aducir, Delicado se muestra especialmente proclive a los nombres de lugar de Andalucía occidental, o es que, si se quiere, tenía un mejor conocimiento de ellos. No sólo eso, sin embargo, pues también de su toponimia urbana recordará la *Cortiduría* cordobesa o la sevillana *Calle de la Heria*, 'Calle de la Feria'<sup>15</sup>. Y aún hay otras señas andaluzas «externas» relacionadas con las tierras que más familiares podían resultarle al autor de la *Lozana*, según se comprueba en estos dichos y refranes: «por el cerro de *Ubeda*», «¡mal año para nabo de *Jerez!*», «¡a la par, a la par lleguemos a *Jódar!*», «porque sembró en *Porcuna*»<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> *Lozana*, pp. 103-104. Pero en el M. XLVII escribe Delicado: «Todas estas cosas demuestran su antigua grandeza, máxime que todas las ciudades famosas de Andalucía tienen la puerta Martos, que dice su antigua fortaleza, salvo Granada, porque mudó la puerta Elvira».

<sup>14</sup> *Lozana*, p. 46. Todas estas poblaciones están más o menos directamente relacionadas con La Campiña del Guadalquivir, y en su mayoría se encuentran muy próximas las unas a las otras dentro de un territorio no muy extenso, en parte jiennense y en parte cordobés.

<sup>15</sup> *Lozana*, pp. 38-39, 47.

<sup>16</sup> *Lozana*, pp. 33, 75, 106, 169.

Con todo, ¿qué podremos hallar de particularismo andaluz en el nivel lingüístico de este corpus literario? Muy poco, desde luego, en lo que al terreno del léxico atañe, porque con garantías mínimamente científicas apenas se identificarían como andalucismos, relativos al menos, unos cuantos términos, como los que en esta enumeración culinaria subrayo:

Y ¡qué miel! Pensá, señora, que la teníamos de Adamuz, y zafrán de Peñafiel y lo mejor del Andalucía venía en casa d'esta mi agüela. Sabía hacer hojuelas, prestiños, rosquillas de *alfajor*, textones de cañamones y de ajonjolí, nuégados, *xopaipas*, hojaldres, hormigos torcidos con aceite, *talvinas*, *zahinas* y nabos sin tocino y con comino; col murciana con alcaravea, y «holla reposada no la comía tal ninguna barba». Pues *boronía* ¿no sabía hacer?: ¡por maravilla! Y cazuela de berenjenas mojées en perfición; cazuela con su agico y cominico, y saborcico de vinagre, ésta hacía yo sin que me vezasen. Rellenos, *cuajarejos* de cabritos, pepitorias y cabrito *apedreado* con limón ceutí. Y cazuelas de pescado cezial con oruga, y cazuelas moriscas por maravilla, y de otros pescados que sería luengo de contar<sup>17</sup>.

En no muchos casos más sería legítimo apuntar la presencia de vocablos andaluces en la lengua literaria de Francisco Delicado<sup>18</sup>, siendo digno de notarse el hecho de que en los específicos registros léxicos a que me refiero no se vislumbra intención estilística o estética de ninguna clase; simplemente, el autor se deja llevar por lo que le dicta la terminología más casera de su lugar de origen en lo que a nombres del acervo de costumbres familiares concierne. No es posible hablar aquí, pues, de realismo buscado con fines literarios, sino de un mero constreñimiento de la conciencia lingüística de quien escribe.

<sup>17</sup> *Lozana*, p. 39. Encontramos aquí un mozarabismo en *sopaipa*, arabismos en *alfajor*, *boronía*, *talvinas* y *zahinas*, así como voces romances de procedencia norteña en *apedreado* y *cuajarejo*. No hay un mismo grado de seguridad dialectológica para todos estos términos, pues mientras el exclusivismo meridional de *sopaipa* parece históricamente probado, *talvina* constituiría un andalucismo sólo relativo, desde el momento en que, si bien con difusión dispersa, también existe en otras partes de la Península. En cuanto a *zahina*, de origen asimismo árabe, en el *Diccionario de Autoridades* se asegura que «es voz muy usada en Andalucía», no obstante lo cual el mapa 772 del *ALEA (gacha)*, que trae varios puntos de *talvina* en Andalucía oriental, únicamente lo registra en una localidad de Málaga, aunque el mapa 102 (*matz*) recogerá *zahina* en otro punto de Sevilla: M. ALVAR, A. LORENTE y G. SALVADOR, *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía*, Universidad de Granada-CSIC, 1961-1973. Ya puede apreciarse por lo que precede el cúmulo de dificultades que hay para una rigurosa caracterización del andalucismo léxico; en los casos concretos de *apedreado* y *cuajarejo* ninguna otra razón me asiste por ahora para aplicarles la nota del regionalismo andaluz que su desconocimiento semántico o formal por parte del diccionario de la Academia y su uso en un autor como Delicado.

<sup>18</sup> No es, por supuesto, criterio suficiente para identificar lo que en el terreno del vocabulario es genuinamente andaluz la simple verificación de coincidencias entre usos léxicos actuales en Andalucía y sus registros en un escritor del XVI, Delicado en este caso, y nos faltan tanto contrastes léxicos interregionales de tipo sincrónico como documentaciones históricas de bastante amplitud atingentes a las palabras que a lo largo de los siglos han empleado los hablantes andaluces. Hace bien poco creía yo que en la *Lozana* sólo *xopaipas* y *zahinas* eran términos merecedores de ser tenidos por verdaderos andalucismos: «Estudio y enseñanza del léxico español», *V Simposio*

2.3. Una mayor impronta del regionalismo lingüístico se rastrea, tal vez, en el plano de la fonética, sin que tampoco pueda decirse que nos encontremos ante un condicionamiento decisivo de la lengua de la *Lozana*. Es, eso sí, un factor idiomático más, pero con la singularidad de que en él la complejidad sociocultural y dialectal se acrecienta enormemente, siendo incluso factible el establecimiento de ciertos criterios estilísticos, que, por el contrario, no resultan fáciles de determinar en el limitado acervo de lo que con no poca libertad podríamos llamar voces patrimoniales andaluzas. Repasemos brevemente algunos de estos aspectos fonéticos.

2.3.1. El vulgarismo se ofrece en formas como *bembrillos* ‘membrillos’ y «¿chamelotes son ésos *u* qué?»<sup>19</sup>. De carácter vulgar es asimismo, aunque también de difusión muy general, la palatalización secundaria o romance experimentada por el grupo /li/ en *callente* ‘caliente’ y *escallentaréis*<sup>20</sup>, y por /gn/ en *maliña* ‘maligna’ o *iñorante* ‘ignorante’<sup>21</sup>, e igual rasgo cultural presenta una simplificación consonántica como la de *ilesia* ‘iglesia’<sup>22</sup>. Por desgracia, no está estudiado con la profundidad que merece el problema del vulgarismo en el español de los siglos XVI y XVII, pero sabemos de él lo suficiente como para recordar que alteraciones fonéticas hoy consideradas de exclusiva pertenencia a la más baja norma de hablar, en dichas centurias fueron corrientes, o esporádicamente usuales cuando menos, en autores literarios de renombre<sup>23</sup>. Sea como fuere, elementos del género de *callente* e *iñorante* vulgares y rústicos son en la actualidad como entonces, sólo que, hoy del mismo modo que ayer, son comunes a cualquier región hispánica.

2.3.2. Sin que quepa afirmar que el siguiente fenómeno se da únicamente en las hablas andaluzas, lo cierto es que en sus fuentes documentales está amplísimamente atestiguada, tal vez más que en las de otras modalidades regionales del español, la epéntesis nasal que se registra en *munchas* ‘muchas’, *con-*

*de lengua y literatura españolas para profesores de Bachillerato* (Sevilla 1986), p. 2. Hoy, y a título meramente provisional, tal vez añadiría *apañar* ‘coger’, *mancillalobos*, *piltraca*, *torrontés*, *traquinada* y *yerba canilla*. Poco, como se ve, para atribuir a esta novela dialogada un andalucismo léxico general, o casi, que evidentemente no tiene.

<sup>19</sup> *Lozana*, pp. 129, 201. Ambas alteraciones fonéticas se dan hoy con frecuencia en todo el mundo hispánico, sobre todo en medios rústicos, y no son ni mucho menos desconocidas en textos del siglo XVI.

<sup>20</sup> *Lozana*, pp. 70, 76, 225.

<sup>21</sup> *Lozana*, pp. 104, 249. El resultado palatal del grupo *-gn-* seguramente se produjo en época plenamente romance sobre un término que se revela como cultismo originario por su *i* latina, breve y tónica, mantenida. El latinismo *maligno* se introdujo de nuevo en castellano, y por el siglo XVI es ya activo contrapunto sociocultural de *maliño* y de su variante, también muy popularizada, *malino*, contraste que condiciona el carácter cada vez más vulgar de las dos últimas formas. Ninguna duda hay respecto del vulgarismo fonético de *iñorante*, surgido a partir de *ignorante*, igualmente préstamo latino, aunque tal vez más tardío que el anterior.

<sup>22</sup> *Lozana*, p. 77.

<sup>23</sup> Por poner un ejemplo, Cristóbal de Castillejo utiliza *maliño* junto a *malino*, y también *Alemaña*, en su *Diálogo de mujeres*, ed. de R. Reyes Cano, Clásicos Castalia, Madrid 1986, pp. 123, 133, 147, 149.

*cho* ‘cocho’, *truncha* ‘trucha’ y *lingar* ‘ligar’<sup>24</sup>. Algo parecido ocurre con el cambio / cons. + r /-/ cons. + l / de *plática* ‘práctica’, *Chiple* ‘Chipre’ y *clines* ‘crines’<sup>25</sup>. En cuanto a la pérdida de la /-d/ final del imperativo, con extraordinaria asiduidad recurre a ella Francisco Delicado, por más que el hecho en cuestión tampoco sea infrecuente en otras muchas situaciones de estilo coloquial en la literatura del Siglo de Oro: «*acabáme de contar*», «*andá, entrá y empleá vuestra garrocha*»<sup>26</sup>. La intensidad con que Delicado emplea en el diálogo esta posibilidad que la norma popular de su tiempo le brindaba descubre una innegable finalidad artística, pero siempre habrá de tenerse muy en cuenta la circunstancia de que la lengua literaria en este concreto punto no deja de basarse en la realidad de una determinada sincronía puramente lingüística. Del arraigo que en el idiolecto del clérigo andaluz tenía el referido modismo es buena prueba el que dejara deslizarlo en un sintagma como «*íclita cibdá*» de núcleo nominal, inserto en la «Digresión» final del autor, de tal manera sobrecargada de cultismos similares al adjetivo *íclito*<sup>27</sup>. Por lo que toca al refrán «la hija del herrero, que *peó* a su padre en los cojones», la caída de la /-d/ intervocálica que en él se verifica obviamente deja ver la influencia de un fonetismo marcadamente meridional<sup>28</sup>.

2.3.3. Más acusado aún resulta el andalucismo del cero fonético en que suele desembocar la /-r/ final de palabra en algunas hablas meridionales, tendencia de la que hay varias ejemplificaciones en nuestro texto: «que venía allí una putilla con su amigo a *cená*», «dalle ha cualquier cosa para *ayudá* a criar la criatura», «que has de cantar aquel cantar que dijiste cuando fuimos a la viña a *cená*, la noche de marras», «no se va al lecho sin *cená*», «que imos a *cená* a una viña»<sup>29</sup>. Ya se sabe que en este fonetismo apenas nada es singular, salvo el

<sup>24</sup> *Lozana*, pp. 34, 42, 63, 90. El caso más significativo de este hecho sin duda lo constituye *muncho*, forma que se registra con notable regularidad en esta obra. El regionalismo fonético practicado por Delicado ha de entenderse más que en el sentido del exclusivismo, salvo en lo que toca a sus confusiones seseosas, en el de la coherencia que dan su frecuencia y agrupamiento en el habla de un solo individuo. Hay asimismo epéntesis nasal en el *numblo* ‘nublo (nublado)’ del M. XVIII.

<sup>25</sup> *Lozana*, pp. 35, 43, 75. Tanto *plática* como *platicar* ‘practicar’ se verifican con total constancia en este corpus literario.

<sup>26</sup> *Lozana*, pp. 48, 106. En incontables ejemplos más se descubre este fenómeno fonético; sólo en la página 75 de la edición que aquí manejo encuentro *enlodá*, *mirá*, *caminá* y *disponé*, por este orden. Puede asegurarse que estamos ante uno de los rasgos que mejor caracterizan el movido diálogo de Francisco Delicado. Frente a esta regularidad que en la *Lozana* se observa a propósito de la elisión de la /-d/ en el imperativo contrasta la constancia de Cristóbal de Castillejo en poner *asid*, *boved* o *corred*, apenas rota por alguna aisladísima excepción.

<sup>27</sup> *Lozana*, p. 260. Evidentemente, en este punto no se vislumbra connotación literaria de ninguna clase, sino un mero lapsus del autor en el que se traslucen unos hábitos lingüísticos marcados por la vacilación entre la pérdida y el mantenimiento de la /-d/, puesto que en pleno diálogo del M. XVIII Delicado escribirá igualmente *cibdad*. Ya que he venido citando a Cristóbal de Castillejo, recordaré que él nunca elimina la /-d/ en elementos nominales (pondrá sistemáticamente *libertad*, *livianidad*, *voluntad*, etc.), excepto en la ocasión única en que un *Valladolí* le permite hallar la rima con *sí* y con *ví* (*Diálogo de mujeres*, p. 124).

<sup>28</sup> *Lozana*, p. 129. En los demás casos se conserva la /-d-/ de este verbo, y aquí sin duda se trata de un ejemplo de lexicalización, por lo demás tan abundante en la fraseología paremiológica.

<sup>29</sup> *Lozana*, pp. 89, 116, 119, 160, 167.

fenómeno del seseo-ceceo —y ni siquiera éste, en términos de absoluta peculiaridad—, puesto que la personalidad lingüística del andaluz radica más que en el exclusivismo dialectal en la difusión geográfica y social que en él han cobrado articulaciones también existentes en otros dominios. Por otro lado, creo que es bastante significativa a este respecto la relativa frecuencia con que este relajamiento se produce en la *Lozana*, casi constantemente, además, en el mismo vocablo (*cená*) y en dos ocasiones dentro de expresiones muy parecidas («a la viña a *cená*», «a *cená* a una viña»), ¿quizá con objeto de lograr así un efecto de mayor intimidad coloquial, si no de dar al diálogo un cierto tinte de vulgaridad?

2.3.4. Todavía hay una comprobación morfo-fonética que de manera inequívoca remite al ambiente lingüístico andaluz de la época en que la *Lozana* se escribe. Efectivamente, en cinco pasajes al menos encuentro el imperfecto de indicativo con la tercera persona del singular terminada en *-ié* (con las formas *tiñié*, *tinié*, *quirié*) y una vez la tercera persona del plural en *-ién* (*tinién*)<sup>30</sup>. Aunque no con profusión, otros corpus del XVI de probable ascendencia meridional contienen idéntica desinencia arcaica<sup>31</sup>, cuya pervivencia en zonas manchegas y andaluzas durante el primer tercio del siglo siguiente queda asegurada por Gonzalo Correas<sup>32</sup>, y aun en la actualidad el mapa 1809 del *ALEA* (desinencia del potencial simple de *querer*) recoge algunas reminiscencias de esa vieja morfología medieval que hemos visto reflejada en la *Lozana*, con especial afinamiento en puntos de la parte de Andalucía que sin duda vio nacer a Francisco Delicado<sup>33</sup>.

Por cierto, tanto Damiani como Allegra se precipitan al acentuar como llanos estos verbos en sus respectivas ediciones de la *Lozana*, en las que no dedican ni una sola nota aclaratoria de tal decisión filológica, máxime cuando el signo acentual no se utiliza en la que salió de las prensas venecianas. En principio, se explica el paso de su */e/* átona a */i/* en la sílaba inicial de formas como las citadas a partir de una pronunciación aguda por antihiatismo, que da lugar al nacimiento de un elemento semiconsonántico o yod (*tenié*, *tenién*, *quirié*) actuante sobre la vocal precedente, y el razonamiento evolutivo se hace más concluyente aún si encaramos la palatalización consonántica (*tiñite* según

<sup>30</sup> *Lozana*, pp. 37, 83 (*tiñie*), 46, 47 (*tinie*), 50 (*quirie*, *tinen*). Un caso de *aviedes* encuentro en el M. III.

<sup>31</sup> Concretamente documentos indianos que por sus confusiones entre las grafías *s* y *c-z* y por sus dataciones parecen deberse a andaluces emigrados al Nuevo Mundo. Trato los datos históricos de referencia en un estudio de tema americanista en curso de preparación.

<sup>32</sup> Afirmaba este gramático extremeño: «Por dialecto particular en Castilla la Nueva, Mancha, i Estremadura i partes de Andaluzia mudan la *a* en *e* con el azeno en esta forma: *ie*, *ies*, *ie*, *iemos*, *iedes*, o *ieis*, *ien*, *i* se usa mucho entre no letrados, como *avié*, *aviés*, *avié*, *aviémos*, *aviedes*, *avién*, *dizié*, *diziés*, *dizié*, *quirié*, *quiriés*, *quirié*, etc., por *avia*, *avias*, *dezia*, *deziás*, *queria*, *querias*, etc., mas no está rrezibido entre los elegantes, aunque pudiere pasar por dialecto de tan nobles provincias, demas que ansi se usó i halla en buenas istorias de los pasados, si ia en España se permitiera mas que una propiedad i puridad Castellana sin mezcla, ni bolver a lo viexo hasta que canse lo nuevo. En la segunda plural en este dialecto hazen sincopa *avieis*, *hariéis*, *diziéis*, *quirieis* por *aviedes*, *hariesdes*, etc.»: GONZALO CORREAS, *Arte de la lengua española castellana*, Salamanca 1625. Edición y prólogo de E. Alarcos García (Madrid, Anejo LVI de la *RFE*, 1954), p. 269.

<sup>33</sup> Efectivamente, el tradicionalismo más intenso y completo en lo tocante a este hecho de morfología verbal se da en las comarcas cordobesas y jiennenses en las que sin duda hay que buscar



estos estudiosos, aunque al menos con anterioridad hubo de ser *tiñié*), pues ese cambio únicamente pudo darse desde el último tramo de la secuencia *tenía* > *tenie* > *tenié*<sup>34</sup>.

2.4. Una faceta de lo que genéricamente tenemos por vulgarismo léxico la constituyen las voces de germanía, cuyo inventario en la *Lozana* se ve engrosado por préstamos italianos (*escanfarda* ‘mujer disoluta’, por ejemplo), y a este capítulo corresponden voces como *andorra* ‘mujer callejera’, *arrofaldada* ‘arrufaldada, arrufianada’, *de marras*, *en mogollón*, *hadraga* ‘hombre inútil, entrometido, correveidile’, *pellejón* ‘prostituta vieja’, *piltraca* ‘desperdicio’, ‘mujer pública’, *públique* ‘mancebía’, entre otras<sup>35</sup>. Según es fácil comprobar, la mayoría de estas palabras se relaciona con el campo de la prostitución, cosa por demás lógica, dado el asunto literario al que sirven de expresión lingüística, y es natural asimismo que abunden los vocablos jergales de contenido semántico sexual, de manera que *dinguilindón* y *garrocha* significarán ‘miembro viril’, *liebre* ‘parte natural de la mujer’ y *carreta* ‘sífilis’. No será raro que el término considerado jergal estuviera enraizado en el más acendrado fondo patrimonial del léxico español, lo que sin duda debería ocurrir con *liebre*, a tenor de su persistencia con idéntica acepción figurada en hablas populares modernas, en las que mayor extensión todavía parece tener *conejo* como sinónimo suyo<sup>36</sup>. De igual modo, otras veces también podrá reflejarse la cultura libresca, pues, verbigracia, el conocimiento de la *Carajicomedia* por parte de Delicado se asoma en la utilización que hace de *matihuelo*, ‘miembro viril’ en aquel texto y en la *Lozana* ocasional nombre humorístico de Rampín, quien en el M. XXXVII interviene con frase de doble sentido:

el lugar de nacimiento de Francisco Delicado. No hace falta insistir en la circunstancia de que los materiales del *ALEA* conciernen exclusivamente al potencial, mientras que las formas de la *Lozana* comentadas corresponden al imperfecto de indicativo; pero es bien sabido que unas y otras desinencias recibieron el mismo tratamiento evolutivo.

<sup>34</sup> No afirmaré que sea radicalmente imposible que después de haberse producido el resultado antihiático *tenie*, con los pasos siguientes *tinie* y *tiñie*, hubiera ocurrido un nuevo cambio acentual *tiñie*, pero a mí me lo parece, desde luego. Recuérdese que todas las formas en *-ie* señaladas por Gonzalo Correas son agudas y que con la más absoluta de las regularidades se ha verificado en ellas el cierre en *i* de la *e* átona anterior al diptongo final. Como arriba he indicado, la misma acentuación errónea de Damiani se repite en la edición de Allegra.

<sup>35</sup> Según Corominas, tal vez sea *arrofaldada* préstamo del it. jergal *ruffaldo*: J. COROMINAS y J. A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (Gredos, Madrid 1980 sigs., s.v. *rufián*: citado *DECH*). Cambios de connotación sociológica han podido tener lugar a lo largo del tiempo con términos un día germanescos o jergales, entre los cuales actualmente no es posible contar la expresión *de marras* y en buena medida tampoco en *(de) mogollón*. Ni qué decir tiene que el vulgarismo léxico no es aquí de carácter fonético, sino semántico o, por mejor decir, sociológico.

<sup>36</sup> A pesar de que por una cierta pudibundez social ni el diccionario académico ni los Atlas lingüísticos se ocupan, si no es casi tangencialmente, del campo léxico de la sexualidad. En cuanto al empleo por Delicado de *carreta* con el valor de ‘sífilis’, opina Allegra que se halla en relación con el hospital de Santiago de las Carretas en el que el propio autor fue tratado de este mal (en su edición de la *Lozana*, p. 320, n. 217). Véase, sin embargo, lo que al respecto opina Covarrubias y lo que ello significa en la aceptación o en el rechazo de que tal creación semántica fuera obra del clérigo andaluz: *Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611 (facsimil de Ediciones Turner, Madrid 1979), s. v. *carreta*. Y no hay que perder tampoco de vista el hecho de que en el M. XXX el vocablo se halla en singular: «Si miráis en ello, a ellos doman ellas, y a ellas doma la *carreta*».

Lozana. Ven a cerrar, *Matehuelo*...

Matehuelo. Cerrar y abriros, todo a un tiempo

y a continuación, haciendo honor a la intencionalidad significativa de su nuevo apodo *Mazorco* (*mazorcón* es 'parte natural' en el M. XXXII), dirá: «hago saber a vuestra merced que tengo *tanta penca de cara de ajo*<sup>37</sup>».

Erudición literaria, pues, o que un vocablo como *matehuelo*, de originaria configuración antroponímica, hubiera conseguido ya a comienzos del XVI una notable aceptación social con su secundario valor sexual. No parece muy aventurado suponerle tal popularización en esa época, a tenor de su recepción en el *Diccionario de Autoridades* con la acepción básica (*matigüelo* 'dominguillo') despojada en libro impreso el año 1592, y desde el momento en que el *DRAE* mantiene entre sus entradas la de *matihuelo* 'muñeco dominguillo, tentetieso'<sup>38</sup>. Y es que no siempre resulta fácil deslindar dónde comienza el artificio literario de nuevo cuño y dónde la recreación artística de un motivo folclórico preexistente. Incluso no es insólito que, de la misma manera que una sola palabra generalmente contiene referencias semánticas diversificadas, pueda también ser soporte de otras ramificaciones ideológicas, populares o no. Es lo que hemos visto plasmado en *matihuelo* durante el siglo XVI, con bastante probabilidad lo estaba ya antes, y similares procedimientos léxico-semánticos se verifican en variantes fonéticas o morfológicas de *domingo*, pues *Mingo*, *Mengo* o *Menga* desde la Edad Media se convierten en nombres personales tópicos de la literatura española, *dominguejo* y *dominguillo* se hacen materia folclórica y, por supuesto, tampoco faltan las notas de erotismo y sexualidad en un elemento de vocabulario de tan rancias reminiscencias tradicionales cual éste es<sup>39</sup>. En el *Criticón* graciano estará presente *dominguillo*, seguramente como un aprovechamiento más de la cultura popular, que no constituye rareza en esta obra, igual que precedentemente lo estuvo en la *Lozana*, donde se lee: «como se ve festivo, que parece *dominguillo* de higueral, no estima el resto»<sup>40</sup>.

El aspecto jergal más que una marca decisiva en la lengua de la *Lozana* supone un nuevo componente añadido para su conformación total, y no demasiado representativo de ella, por lo menos desde un punto de vista cuantitativo. Realmente, lo que más abunda es el término de la germanía rufianesca, pero no siempre, ni mucho menos, al crítico le es permitido asegurar que se encuentre ante hechos léxicos en puridad exclusivos de un grupo marginal. Y todavía

<sup>37</sup> Interpretado por Damiani como «tanto pene, como testículos» (*Lozana*, p. 158, n. 276).

<sup>38</sup> Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, 1726 y sigs. (ed. facsímil, Madrid 1964), s.v. *matigüelo*; *Diccionario de la lengua española* (Madrid 1984, 20ª ed.), s.v. *matihuelo*, en uno y otro caso con alteraciones fonéticas de un precedente *matehuelo*.

<sup>39</sup> Véase lo que a este respecto digo en «Tópicos lingüísticos y tipos cómicos en el teatro y en la lírica de los siglos XVI-XVIII», pp. 100-101.

<sup>40</sup> *Lozana*, p. 168. Y recuérdese esta cita graciana: «Los *dominguillos* de borra, los *hombrecillos* de paja, convertía en hombres de veras», Baltasar Gracián, *El Criticón*. Edición crítica y comentada por M. Romera-Navarro (University of Pennsylvania Press, Filadelfia 1938-1940), t. I, p. 245.

más utilizadas por el autor son aquellas voces de gran crudeza significativa en lo concerniente al sexo, muchas de ellas de asendereado empleo en amplísimas capas de la sociedad, mientras que son verdaderos tabúes entre integrantes de ciertas minorías. Además de esto, hallaremos el casi monotemático recurso —ahora sí extraordinariamente frecuente— al juego de palabras, a la expresión de sentido figurado o doble, a la comparación y la metáfora, constantemente con el norte puesto en el logro de renovados matices que enriquezcan el mundo de vitalidad primaria en el que la protagonista se mueve.

2.5. El italianismo constituye uno de los principales condicionantes en la lengua y en el estilo de la *Lozana*, no sólo por la abundancia con que en sus páginas se registra, sino también por el intencionado realismo lingüístico que con frecuencia lo acompaña. Son numerosos, en efecto, los préstamos tomados por Francisco Delicado del italiano, tanto de orden léxico (*ahora, blanca, martelo, meretrice...*) como sintáctico (*¿de dove siate?*), a veces íntegros, cuales son los ya señalados, a veces adaptados a la morfo-fonética del español («por una vuelta soy contenta», «me recomiendo, caballero...»). El designio con que el autor echa mano de este fondo idiomático ajeno se deja ver bien a las claras cuando en el M. XXXVI pone en boca del embajador napolitano frases enteras en italiano («¡cómo reguarda in qua!», «¡qua' più bella la matre que la filla!»), o cuando en el M. XII la lavandera, antes de descubrir su origen español, empieza hablando como romana a la recién llegada Lozana («intrate, madona; seate bien venuta»). Ahora bien, en los parlamentos de la propia protagonista tampoco resulta difícil encontrar la huella del extranjerismo, aunque más parezca ahora una mera consecuencia del bilingüismo de Delicado, así en la locución prepositiva *fin a* del M. VIII («me desnudó *fin a* la camisa»).

No puede extrañarnos la existencia de semejantes entrecruzamientos lingüísticos sabiendo que nuestro escritor llevaba bastantes años residiendo en Italia antes de que se pusiera a redactar este libro. Por ello no es inusual en él la recepción de italianismos que no transparentan finalidad literaria de ninguna clase, como *bisoño, bronzó* o *estarna* 'perdiz pardilla', todos ellos incorporados al léxico español con extensión más o menos amplia y en ocasiones con alguna alteración fonética, junto a otros muchos que no corrieron igual suerte<sup>41</sup>. Tal vez más significativo aún desde el punto de vista psicolingüístico y sociocultural sea el hecho de que el italiano no deje de afectar con cierta intensidad las estructuras sintácticas de Delicado, quien en no pocos casos pone *sois estada*, «*soy estada dama*», *soy venido*, «*¿do eres estada hoy?*», *es salido*, «que quería que *fuese venido* mi marido», «*cuando él estará* abajo, vos vernéis», «*¿qué hará* de sus pares ella *cuando parirá?*»<sup>42</sup>. La existencia en la *Lozana* de un cúmulo

<sup>41</sup> A este segundo grupo, incomparablemente más numeroso que el anterior, pertenecen voces como *buturo* 'mantequilla', *canavario* 'déspensero', *copina* 'tacita', *estafil* 'azote', *estriona* 'bruja', *fantesca* 'criada', *finestra* 'ventana', *frutarolo* 'frutero', etc.

<sup>42</sup> *Lozana*, pp. 40, 50, 54, 66, 67, 71, 144. En el caso del tipo morfosintáctico 'ser como auxiliar de verbos intransitivos y reflexivos', su italianismo radica en el grado de generalización con que se presenta en esta obra, muy superior al uso que en el español de la primera mitad del siglo XVI tenía.

de situaciones léxicas y sintácticas similares a éstas hace que Allegra adopte la siguiente determinación: «En cuanto a los italianismos de Delicado son tan numerosos —y problemáticos, como escribía recientemente Margherita Moreale— que nos han desaconsejado un verdadero elenco en una edición de este tipo. Lo que más impresiona de ellos es que llegan a manifestarse en la construcción verbal y sintáctica»<sup>43</sup>. El citado estudioso concluirá rechazando también la afirmación que Menéndez y Pelayo había hecho en el sentido de que en la *Lozana* queda plasmada la «lengua franca» de los emigrados españoles de baja estofa.

2.5.1. Al lingüista no le «impresionan», sin embargo, tales interferencias, de todo punto normales en situaciones de bilingüismo, cuando las lenguas en contacto son tan próximas desde un punto de vista tipológico como el italiano y el español. Sólo que en la medida de lo posible será preciso distinguir entre lo que es hecho idiomático natural —ni buscado ni querido, sino impuesto por la circunstancia diglósica del escritor—, y lo que es susceptible de identificarse como verdadero artificio literario. Incuestionablemente, no todo el italianismo que Delicado pone en la *Lozana* está para añadir «mucho color al habla de sus personajes y al ambiente heterogéneo que él intenta retratar», según piensa Damiani<sup>44</sup>. Estos tintes de colorista realismo idiomático existen en la *Lozana*, claro es, pero aun así debe enfocarse dicho recurso en el contexto del uso de lenguas extranjeras y regionales en la literatura del Siglo de Oro, en el seno de una corriente cultural de la que la creación del clérigo andaluz constituye una de las primeras y más completas muestras; no en vano, en ella no sólo hay pasajes enteros en italiano, sino que la omnipresente *Lozana* dialoga en catalán con judías valencianas, mallorquinas y procedentes del Principado de Cataluña, sin que ni siquiera falte la intervención del portugués. Para mejor lograr el exotismo lingüístico y folclórico perseguido incluso se acudirá, y con gran eficacia por cierto, a la estereotipada lengua de negros<sup>45</sup>.

Pero no acaban aquí los frutos que Delicado sabe sacar a este motivo tópico, porque su conocimiento del italiano le permitirá establecer puntuales traducciones o equivalencias léxicas por medio de las cuales consigue imágenes de la mayor frescura argumental:

<sup>43</sup> En el *Estudio preliminar* a su edición de la *Lozana*, p. 39. Téngase también en cuenta el acertado juicio que este crítico expresa a propósito de la habilidad de Delicado para la «contaminación» lingüística (cf. n. 2).

<sup>44</sup> En la *Introducción biográfica y crítica* a su edición de la *Lozana*, p. 24.

<sup>45</sup> Refiriéndose al reflejo que en la *Lozana* se da de la presencia en Roma de comunidades sefarditas de diferentes procedencias regionales, dice Allegra: «junto con el insuperado valor de documento de lengua familiar y hablada, se suma otro de índole que llamaríamos *infrahistórica*», y, después de aludir a la inclinación que Delicado manifiesta por «un raro mimetismo léxico» hacia el italiano, añade: «Le ocurre instintivamente lo mismo que a su *Lozana*: tras oír hablar catalán a la Segorbésa y a la Mallorquina no puede sino concluir con reniegos en la misma lengua, cuando se encuentra con la esclava negra Penda no puede resistir al impulso de remedar su habla» (*Estudio preliminar*, pp. 23, 40). También he señalado, en coincidencia totalmente fortuita con Allegra, la imitación de la lengua de negros que en la obra del clérigo andaluz se registra, lengua por lo ge-

Lozana. Por mi vida, hermano, que he tomado placer con esta borra-  
cha, amenguada como hilado de beúda. ¿Qué quiere decir *estrega*,  
vos que sabéis? ¿Santochada?

Rampín. Quiere decir *bruja* como ella.

Lozana. ¿Qué es aquello que dice aquél?

Rampín. Son *chambelas* que va vendiendo.

Lozana. ¿Y de qué se hacen estas *rosquitas*?<sup>46</sup>

... ..

Lozana. ¿Y qué es aquello que compra? ¿Son *rábanos*, y negros son?

Rampín. No son sino *romarachas*, que son como rábanos...<sup>47</sup>

Como se ve, Delicado le asigna a Rampín el papel de guía de la Lozana en la vida romana, con ambientación lingüística añadida, facilitando así la consecución de algún que otro equívoco semejante a éste:

Estufero. Señora, das aquí la *mancha*.

Lozana. Si tú no me la has echado, no tenía yo *mancha* ninguna.

Rampín. No dice eso el beúdo, sino que llama el *aguinaldo mancha*, que es usanza<sup>48</sup>.

2.5.2. En bastantes ocasiones Francisco Delicado juega, pues, deliberadamente con los saberes que su continuo manejo del italiano le había proporcionado, y los aprovecha con clara voluntad de estilo desde el momento en que los ribetes italianizantes se hacen especialmente visibles en el diálogo, sobre todo en aquellos pasajes de coloquio más breve y chispeante, mientras que su presencia es menos notoria en los extensos excursos que algunos personajes, la Lozana más que cualquier otro, introducen aprovechando la oportunidad de responder a su interlocutor. Esto, de por sí, ya es suficientemente esclarecedor, y lo será todavía más la comparación entre lo que al respecto se puede comprobar en el diálogo y en aquellas partes de prosa más decidida y prolongadamente narrativa, es decir, en las situaciones de intervención del propio autor a través de monólogos expositivos, como son la «Dedicatoria», el «Argumento en el cual se contienen todas las particularidades...», la «Apología», la «Explicación», el «Epílogo», la «Carta de excomunió...», la «Epístola de la Lozana...» y la «Digresión que cuenta el autor en Venecia». Varios de estos fragmentos no descubren italianismo alguno, mientras que en los restantes nunca se alcanza en el empleo del préstamo extranjero una insistencia particularmente digna de mención, registrándose nada más que la inclusión de voces foráneas y de cruces morfosintácticos inexpresivos desde el punto de vista estilístico o literario: *audace*, *frágile*, *fusco*, *habitadores*, *presura*, *voltar*; «si por ventura os veniere por las manos *un otro* tratado», «*si* alguno me *dirá* algún improprio», «*un*

neral caracterizada exclusivamente por su fonética y que en la *Lozana* es un convencionalismo más que evidente, entre otras cosas porque Penda habla como española siendo que sirve en la casa de una cortesana italiana («Tópicos lingüísticos y tipos cómicos en el teatro y en la lírica de los siglos XVI-XVIII», pp. 112-113).

<sup>46</sup> *Lozana*, pp. 69-70.

<sup>47</sup> *Lozana*, p. 71.

<sup>48</sup> *Ibidem*. El juego de palabras se establece entre el esp. *mancha* y el it. *mancia* 'propina'.

tanto pueblo»<sup>49</sup>. Se confirma así lo intensamente que Delicado se había visto impregnado en su conciencia lingüística de español por la lengua de nueva adquisición.

2.6. El análisis filológico de la *Lozana* evidencia que es el apartado del cultismo léxico el más copiosamente representado, numéricamente hablando, de cuantos identificarse pueden en este texto. A centenares se cuentan, en efecto, las palabras cultas usadas por Francisco Delicado, lo que, de un lado, es suficiente corroboración de que la ignorancia de que a veces alardea es más ficticia que otra cosa, un recurso de literato, en definitiva, con el que parece equilibrarse la acusada incidencia que en su obra tienen los términos malsonantes y rufianescos; hasta la expresión meramente coloquial a menudo se presenta con el contrapunto de un vocabulario de carácter libresco: «¡Pues voto a Dios, que no hay letrado en Valladolid que tantos *cliéntulos* tenga!»<sup>50</sup>. De otro lado, sin embargo, no todo ha de tomarse como fruto de una determinada intención de estilo, pues también hay que situarse en la perspectiva del influjo ejercido sobre el autor por una cultura humanística no bien depurada, una reminiscencia del cuatrocientos español al fin y al cabo, no siendo raro que ello redunde más en lastre de espesa erudición que en verdadero efectismo literario.

2.6.1. Si bien no constituye una rareza el cultismo morfosintáctico («*transeúntes* e *circunstantes*», «por poder dar salario y placer a lectores y *audientes*»)<sup>51</sup>, no obstante, lo que con inusitada frecuencia abunda es el vocabulario culto, ya sea en forma de latinismos puros de nueva o muy reciente introducción (*cliéntulos*, *cúpida*, *grávida*, *lapídeo*, *laude*, *puericia*...) <sup>52</sup>, ya se trate de voces con un cierto arraigo en español, que incluso pueden manifestar algún paso evolutivo romance de mayor o menor antigüedad: *cordial*, *deducción*, *discreción*, *fantástica*, *gódicas*, *ligítimo-legítimas*, *letores*, *prójimos*...<sup>53</sup> Como sucede con el léxico latinizante de muchos autores de los siglos XV y XVI, sobre todo los de la primera centuria, no pocos de los préstamos de esta clase que a sus escritos acuden en aluvión acabarían siendo rechazados por los usuarios de nuestra lengua, también por los hablantes más selectos, en tanto que otros se incorporaron al acervo de palabras de uso corriente en determinados estratos sociales. Y es este el proceso que reflejan los latinismos empleados por Delicado, cuya lengua literaria parece atestiguar además bastantes anticipaciones cronológicas tocantes al mencionado grupo especial de vocablos, lo cual es susceptible de tomarse como un indicio más de originalidad, relativa al menos, de su parte.

<sup>49</sup> *Lozana*, pp. 247-258.

<sup>50</sup> *Lozana*, p. 179.

<sup>51</sup> *Lozana*, p. 35.

<sup>52</sup> Por lo que a estos latinismos concierne, el *DECH* atestigua *laude* en Berceo, *puericia* hacia 1440, *cliéntulo* en la *Celestina* y en autores del siglo XVII, no documenta *lapídeo* y ni siquiera registra *cúpido*.

<sup>53</sup> En estos vocablos se verifican reducciones de grupos consonánticos, fluctuación en el timbre de alguna vocal y hasta el resultado genuinamente romance que representa la *-j-* del semicultismo *prójimo*.



2.6.2. Ahora bien, por lo que se refiere al capítulo de los latinismos y de los cultismos, en la *Lozana* más que singularidad o novedad lo que hay es plétora de tales elementos léxicos, de los que sólo en un corto espacio textual del M. XLVII es posible señalar a vuelapluma una larga lista de ejemplos: *aéreo*, *caritativa*, *copiosos*, *dedicada*, *ferocísimo*, *fortísimo*, *mágico*, *máxime*, *miraculosamente*, *salutífera*, *solicita*, y así hasta un prolongadísimo etcétera. Por demás paradigmático resulta este mamotreto sobre la cuestión ahora considerada, pues «el conocido de la señora Lozana» se despide en él con un parlamento no sólo plagado de cultísimos términos, sino también saturado de eruditas notas arqueológicas, etimológicas y toponímicas, héroe epónimo incluido, y aun folclóricas<sup>54</sup>.

3. De sobresaliente puede calificarse la destreza de que Delicado hace gala siempre que se decide a aprovechar los procedimientos que para la formación de palabras el sistema le ofrece, utilizado por él con soltura en múltiples pasajes de la *Lozana*. Con el reiterar vocablos de idéntica sufijación sacará los matices fonéticos de la aliteración («era *peloso* y *hermoso* como la plata») <sup>55</sup>, aumentando de esta guisa las resonancias de rimas con que llenan su prosa incontables expresiones paremiológicas, y otras construcciones que lo mismo en su sentido que en su estructura sintáctica las imitan, ésta por ejemplo: «Mala putería corras, como Margarita Corillón, que corrió los burdeles de Oriente y Poniente, y murió en Setentríón, sana e buena como yo» <sup>56</sup>.

3.1. En un contexto que no esté dotado de especial significación escribirá *reputación*, mas no dudará en alterar esta voz haciéndola postverbal de *reputar* si quiere practicar el equívoco cruzándola con el sustantivo *puta* y apoyándose en el doble valor de *público*, aquí 'burdel', que con el anterior vocablo se combina semánticamente en la misma frase: «que por no ser sin *reputa*, no abren *público* a los que tienen por oficio andar a pie» <sup>57</sup>. Y en un puro divertimento se resuelve la natural maestría que Delicado revela en su trato con el léxico cuando emprende contraposiciones formales y semánticas similares a éstas:

Lozana. ¿Dónde está la señora? ¿En la *anticámara* o en la *recámara*?  
 Altobelo. Entrá allá a la *loja*, que allá está sola <sup>58</sup>

... ..  
 Lozana. ¿Y por qué van con aquellas *almalafas*?

Rampín. Non son *almalafas*, son *batículo* o *batirrabo*, y paños listados <sup>59</sup>

<sup>54</sup> *Lozana*, pp. 188-189 para los ejemplos arriba citados.

<sup>55</sup> *Lozana*, p. 134.

<sup>56</sup> *Lozana*, p. 240.

<sup>57</sup> *Lozana*, p. 104. Con este prefijo *re-* logrará Delicado una intensificación significativa en voces como *realegre*, *remirarán*, *reposada*, *resabidos*, *revivifican*..., de las que no siempre se cuenta con otras documentaciones diferentes a éstas.

<sup>58</sup> *Lozana*, p. 220.

<sup>59</sup> *Lozana*, p. 64. Aquí el arabismo *almalafa* se traduce con el italianismo *batículo* 'velo blanco de las mujeres romanas', a su vez jocosamente equiparado en lo semántico a un español *batirrabo*,

3.2. Bien visible es el componente cultista que descubren morfemas derivativos tales como *ante-* («palabras *antipensadas*», «palabras *antepensadas*»)<sup>60</sup>, *archi-* y *arqui-* (*archiospital*, *arquimaestros*)<sup>61</sup>, *in-* («cosa tan *incomportable*», *inobedientes*)<sup>62</sup>, *-ario* (*corralario* ‘corral’, «arte *militario*», *mundaria* ‘prostituta’, *tributaria*)<sup>63</sup>, *-ísimo* (*altísima*, *cristianísimo*, *fortísimo*...) <sup>64</sup>. De todos modos, los superlativos hechos sobre este sufijo italianizante y de imitación latina coexisten con los de tipo tradicional (*muy amada*, *muy disimulada*, *muy linda*...), y su adición a lexemas también cultistas (*acutísimos*, *felicísimos*, *nobilísimos*, *sevísimos*...) junto a su empleo añadido al del adverbio *muy* (*muy clarísima*, *munchito contentísimos*)<sup>65</sup> son hechos demostrativos de que no era plena la integración de este sufijo *-ísimo* en la lengua literaria de Delicado, porque en su habla normal es punto menos que imposible que semejante acumulación de formas de signo culto pudiera darse.

3.3. No se echa en saco roto en la *Lozana* la oportunidad de trazar algunas pinceladas de un realismo lingüístico de sabor costumbrista mediante ese material morfemático, y, de este modo, con el diminutivo *-ete* o bien se refleja el peculiarismo idiomático de los judíos catalanes o bien un aspecto de la interacción en el bilingüismo entre italiano y español: *agujeta*, *barqueta*, *escalereta*, *garrafeta*, *germaneta*, *pobreta*, *porqueta*, *rameta*, *saleta*, *señoreta*<sup>66</sup>. Con el también apreciativo *-ico*, el más usual junto a *-illo*, un sostenido tono de familiaridad popular se añade a la lengua de esta obra, y no será superfluo notar que preferentemente aparece en palabras de significado muy concreto (*agico*, *bracicos*, *cardico*, *cominico*...) y de manera señalada en las partes de más intenso diálogo, lo que no creo se deba a una mera casualidad. El coloquialismo y la

tal vez ocasionalmente creado por Delicado sobre el modelo de *baticola* ‘correa que sujeta el fuste trasero de la silla o albardilla a la cola de la caballería’ (no se registra *batirabo* en *Diccionario de Autoridades*, *DRAE*, *DECH* y *ALEA*; tampoco en el *ALEANR* de M. Alvar y otros, La Muralla, Madrid 1979-1983). Pero es muy posible también que en la *Lozana* no haya *batículo*, como acentúan Damiani y Allegra, sino *baticulo* como piensa Corominas, quien atestigua esta voz en 1517 con la acepción ‘golpes en el culo’ (*DECH*, s.v. *batir*); sus dos primeras definiciones en el *DRAE* son ‘golpe en el culo’ y ‘vestido cuyos vuelos dan en el culo’ (con nota de poco usada ésta): s.v. *baticulo*. En el nada improbable supuesto de que la lectura correcta de este vocablo fuera con acento llano, y no con el esdrújulo propuesto por los mencionados críticos, no habría tal italianismo léxico, sino, a lo sumo, cruce o apoyo semántico del término español con el italiano *batticulo*, que con seguridad mucho mayor parece hallarse en los mamotretos VII y XXXI.

<sup>60</sup> *Lozana*, pp. 44, 210.

<sup>61</sup> *Lozana*, pp. 184, 204.

<sup>62</sup> *Lozana*, pp. 93, 259.

<sup>63</sup> *Lozana*, pp. 48, 104, 165, 200. En algún caso aislado es probable que se haya dado un calco del correspondiente sufijo italiano, similar al que puede apreciarse en la castellanización *canavario* del it. *canavaio*.

<sup>64</sup> Abundan sobremanera las voces sufijadas con *-ísimo*; sólo en un corto fragmento del «Epílogo» hallo *acutísimos*, *afetuósimamente*, *altísima*, *felicísimos* y *fortísima* (*Lozana*, p. 254).

<sup>65</sup> *Lozana*, pp. 42, 45, 78...; 253, 254, 259...; 31, 259, etc.

<sup>66</sup> *Lozana*, pp. 80, 90, 103, 106, 129, 135, 179, 186, 220, 244, 252 y pássim. Lo más frecuente es que las palabras sufijadas con este diminutivo se apliquen en pasajes en los que hay alguna referencia a italianos o a catalanes, e incluso a un ambiente judío que suele identificarse con estos últimos.

afectividad se acentúan con la mayor de las evidencias en las situaciones de suma de dicho sufijo: «cazuela con su *agico* y *cominico*, y *saborcico* de vinagre, ésta hacía yo sin que me la vezasen» (M. II), «*pasico*, *bonico*, *quedico*, no me ahinquéis» (M. XIV), «qué *coñico* tan *bonico*» (M. XXIX). Similar efecto se logrará a veces acudiendo al empleo de distintos diminutivos en un solo sintagma: «un *morterico* *chiquito*» (M. XV).

3.4. Particular incidencia cobra en este capítulo lexicológico el tipo compositivo, del que hay docenas de casos en la *Lozana*, unos de asendereado uso e irrelevante valor literario: *aguapiés*, *antojos*, *barbiponiente*, *bienandada*, *bien hallada*, *bienvenido*, *contrahacer*, *ganapán*, *guardarropa*, *malogrado*, *manderecha*, *manifatura*, *melcocha*, *norabuena*, *noramala*, *salmorejo*, *sobreasadas*, *sobresaltos*, *sobretabla*, *terciopelo*, *tornalecho*, *trancahilo*, *trastrabada*, etc.<sup>67</sup>. A otras composiciones, en cambio, su sentido burlesco o sexual las hace especialmente idóneas para mejor caracterizar con un fondo de marginalismo el cuadro en el que se desenvuelven los personajes en las sucesivas escenas romanas de la *Lozana*: *bebedardos*, *cariacochillada*, *carideslavado*, *cascafrenos*, *cejijunta*, *cuero hinchado*, *desvirgaviejos*, *gastapotras*, *harbadanzas*, *malurde*, *peranzules*, *peribón*, *sacamuellas*, *sinsonaderas*, *tragamallas*, *tragasantos*, *tragatajadas*<sup>68</sup>.

No faltará en este apartado del léxico el ejemplo de creación expresiva con un *dinguilindón* que en el aspecto fonético se parece al *dingolondango* en el *DRAE* recogido como ‘mimo, halago, arrumaco’, si bien el término onomatopéyico puesto en boca de Rampín en el M. XIV presenta un significado decididamente inmerso en el campo de la sexualidad, tal vez como acepción figurada de un sentido fundamental ‘badajo’: «No sea d’esa manera, sino por ver si soy capón, me dejéis deciros dos palabras con el *dinguilindón*». La manipulación semántica es incuestionable en el antiguo compuesto *manlleva* (*manlieva*), tradicionalmente ‘préstamo’ y en el M. XXIV con la germanesca acepción de ‘hurto’:

Compañero. ¡Señora, no! Mire vuestra merced, ¿qué se le cae?

Lozana. Ya, ya, fajadores son para jabonar.

Autor. ¡Voto a Dios, que son de *manlleva* para jabonar! No es nacida su par. ¡Mal año para caballo ligero, que tal sacomano sea!

Y hasta llega Delicado al siempre excepcional suceso de la creación léxica con el compuesto *perniquitencia* que a la manera de maliciosa fórmula de tratamiento aparece en el M. LXIV por referencia a la *Lozana*:

Por tanto, queríamos rogar a vuestra *perniquitencia* que, pagándo’slo, fuédeses contenta, por dos meses, de darle posada, porque pueda negociar sus hechos más presto y mejor.

3.5. Un nutrido elenco de expresiones fijas aflora en el venero lingüístico de que se nutre el autor de la *Lozana*. Predominan las locuciones modales ade-

<sup>67</sup> *Lozana*, pp. 54, 87, 100, 106, 117, 118, 123, 127, 130, 133, 137, 141, 153, 169, 187, 205, 206, 215, 227, 231.

<sup>68</sup> *Lozana*, pp. 50, 57, 82, 91, 93, 95, 107, 123, 128, 133, 135, 144, 164, 200, 205.

cuadas por Francisco Delicado al específico espíritu vital de su narración (habrá, por ejemplo, ramerías *a la candela*)<sup>69</sup>, y con ellas alcanza en ocasiones cotas del mayor virtuosismo semántico («el que hace los cornudos *a ojos vistas*»)<sup>70</sup>. Entre esas abundantísimas frases adverbiales se cuentan algunas que fueron propias del habla germanesca o marginal (*de marras, de mogollón, de trintín y botín*)<sup>71</sup>, pero aun con las que nunca han tenido una especial tipificación sociológica consigue Delicado construcciones de gran vivacidad y precisión significativas. Entre tales giros cabe mencionar los siguientes: *a espesas de, a hurtadillas, a la francesa, a la ginovesa, a la machamartillo, a mataballo, a su posta, a tuerto y a derecho, calla callando*<sup>72</sup>.

4. Con todo eso, es en el tratamiento de los sinónimos donde el crítico de la *Lozana* llega inmediatamente a la conclusión de que Francisco Delicado no sólo estaba naturalmente dotado para plasmar con perspicacia en el léxico sus ideas, percepciones y escorzos literarios, sino que en él se dan también a la vez un aprendido conocimiento del hecho lingüístico y un reflexivo empleo de los recursos que en su ejercicio intelectual había allegado. Son muchos, muchísimos, efectivamente, los términos sinónimos —o cuasi sinónimos, que de este problema de ecuación semántica no voy a ocuparme ahora<sup>73</sup>— registrados en la *Lozana*; pero no me referiré más que a aquellos que nuestro autor pone en estrecha relación dentro de una misma secuencia textual, manifestando de esta manera una clara disposición a matizar continuamente su lengua literaria con dicha clase de equivalencias léxico-semánticas, lo cual no deja de evidenciar a la vez una consciente toma de postura estilística. Se ha visto ya que Delicado recurre a su bilingüismo ítalo-español para jugar con las traducciones y con los paralelismos de vocablos que en su conciencia lingüística son auténticos sinónimos (cf. § 2.5.1.).

Por supuesto, no son únicos en la *Lozana* ejemplos como los citados en el párrafo al que acabo de remitir, pues también hay situaciones donde a una palabra española se contraponen otras italianas, así en «le dio un *tabardo* o *caparella* para que se desposase», «que si es mal de *cordón* o *cosón*», «no tanto, que *hedería* o *mufaría* como el trigo y el vino romanesco»<sup>74</sup>; de igual modo se explicará el sentido de un extranjerismo simple mediante un sintagma compuesto de la lengua materna del autor: «que engañan a los villanos y a los que son *nuevamente venidos*, que aquí los llaman *bisoños*»<sup>75</sup>. Ni se echará de menos el

<sup>69</sup> *Lozana*, p. 101.

<sup>70</sup> *Lozana*, p. 189.

<sup>71</sup> *Lozana*, pp. 102, 119, 203.

<sup>72</sup> *Lozana*, pp. 74, 81, 83, 99, 102, 107, 130, 150.

<sup>73</sup> Con un planteamiento más práctico que teórico lo he tratado en el artículo «Estudio y enseñanza del léxico español» que cito en la nota 18.

<sup>74</sup> *Lozana*, pp. 90, 124, 208. En los tres casos el vocablo hispánico va en primer lugar y en segundo el italiano.

<sup>75</sup> *Lozana*, p. 82. En español atestigua Corominas *bisoño* con Torres Naharro, en 1517, y con fray Antonio de Guevara, en 1539 (*DECH*, s.v.).

contraste entre variantes de un mismo tipo etimológico, arabismo en el caso que ahora señalo, con variantes fonéticas respectivamente italiana y española: «estando comprando *merenzane* o *berengenas*, hurtó cuatro»<sup>76</sup>.

4.1. El ingenio de que Delicado da muestras en el manejo de los resortes léxicos que el sistema le ofrece queda bien patente, si otras muchas pruebas no lo corroboraran, en la falsa composición que hace del topónimo urbano *Ventosilla*, analizado en la secuencia de formantes *venta* + *silla*, que supondría un incuestionable ejemplo de etimología popular si no fuera por el contexto erudito que la envuelve:

Hay otra puerta, la *Ventosilla*, que quiere decir que allí era la *silla* del solícito elemento Mercurio, y la otra, puerta del *Viento*, dedicada a este tan fuerte elemento aéreo<sup>77</sup>.

Hasta notorias aptitudes de lexicógrafo se descubren en el polifacético clérigo andaluz, aptitudes que están en perfecta consonancia con su calidad de discípulo de Nebrija, circunstancia que no creo haya sido valorada en sus justos términos, y que en la *Lozana* se traducen en frecuentes formulaciones tan explícitas como ésta del M. XLVII al que también corresponde el pasaje precedentemente citado: «Hay un *albollón*, que quiere decir salida de agua, al baluarte do reposa la diosa Ceresa». Desde luego, encontraremos sinónimos usados por Delicado semejantemente a como los emplearía cualquier hablante, sobre todo el culto, sin una carga estilística claramente identificable, como son, por lo que a esta obra literaria toca, aquellos cuyo significado resulta anodino para el hilo temático conductor y que, además, están visiblemente disociados en el texto, lo cual ocurre en el M. XXIV con los dos verbos sinónimos de estas secuencias: «Señor, miráme por la botica, que luego *abajo*» - «Callá, que *deciende*».

Por el contrario, cuando en la misma frase se relacionan directamente vocablos de sentido igual, afín o meramente aproximado, no debe haber ya la menor duda de que ha tenido lugar la adopción de una clara postura lingüístico-estética basada en el convencimiento de que la expresividad en la lengua escrita requiere abundancia léxica<sup>78</sup>. El fruto de esta actitud se da con hartura en la *Lozana* con dobles como los atestiguados en las siguientes frases: «traeré aquel *pelador* o *escoriador*», «¿y de qué se hace este *pegote* o *pellejador*?»,

<sup>76</sup> *Lozana*, p. 142. Opina Corominas que el it. *melanzana* «quizá se tomó del español» (*DECH*, s.v. *berenjena*).

<sup>77</sup> En este pasaje del M. XLVII queda meridianamente claro que Delicado estaba bien al tanto de que el papel de protector del comercio era uno de los principales atributos de Mercurio. Sin este conocimiento mitológico no hubiera podido hacer una falsa etimología popular, etimología sabia más bien habría que decir, manipulando lo que simplemente es un diminutivo en *-illa* del adjetivo *ventosa* como si fuera composición de *venta* 'acción y efecto de vender' y *silla* 'sede'.

<sup>78</sup> Se trata, indudablemente, de un convencimiento personal y tácito, pero no expreso y de carácter teórico como lo fue entre no pocos pensadores dieciochescos: F. LÁZARO CARRETER, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, 2.<sup>a</sup> ed., Editorial Crítica, Barcelona 1985, p. 108.

«mejor se hace con vidrio *sotil y muy delgado*», «no se habla de *amancebadas* ni de *abarraganadas*», «quítame este *pegote* o *jáquima*», «llamá los mozos, que os lleven estos cuatro *barriles* o *toneles*», «porque no basta ser *hermosa y linda*, mas cuanto dice *hermosea* y *adorna* con su saber», «y cegaron estos *fosos* o *manantíos*», «demuestran cosa *garrida* o *hermosa*»<sup>79</sup>.

4.2. Como era de esperar, Delicado pone especial énfasis en la utilización de sinónimos relativos al campo léxico-semántico de la prostitución, clave en el argumento de su relato, según se aprecia en verificaciones textuales como éstas: «Señora, en esta tierra no se habla de *amancebadas* ni de *abarraganadas*; aquí son *cortesianas* ricas y pobres [...]. ¿Qué quiere decir *cortesianas* ricas y pobres? ¿*Putas del partido* o *mundarias*?», «esas *putas*, o *cortesianas*, o como las llamáis», «y no seas tú como la otra que decía, después de cuarenta años que había estado a la *mancebía*: ‘si de aquí salgo con mi honra, nunca más al *burdel*, que ya estoy harta’»<sup>80</sup>.

No es difícil percibir diferencias sociológicas entre estos últimos términos sinonímicamente emparejados, pues *puta del partido* resulta ser expresión castiza mientras *mundaria* por su sufijo se revela como vocablo de uso selecto, de igual modo que *mancebía* es voz patrimonial del castellano, en tanto que *burdel* constituye un préstamo catalán o galorrománico. La explicación de una palabra popular por otra culta y de difusión minoritaria tendrá también su papel en este corpus, de acuerdo con lo que se comprueba en no pocos registros similares a los dos que aquí me limito a traer a colación: «está diciendo que tiene polvos para *vermes*, que son *lombrices*», «y cuanto más *estantiva* o *reposada* está el agua d’este río Tíber, tanto es mejor»<sup>81</sup>. El emparejamiento sinonímico se convertirá en un procedimiento estrictamente literario cuando, por poner un ejemplo de ello, se recurra a dicho medio léxico para deshacer una ficticia incompreensión interlingüística como la que Delicado plantea en el M. XX:

Lozana. ¿Y qué quiere decir *rofianas*? ¿*Rameras*, o cosa que lo valga?  
Valijero. *Alcagüetas*, si no lo habéis por enojo<sup>82</sup>.

4.3. La comicidad de determinadas situaciones se realzará con la ampliación sinonímica, así en este pasaje del M. XVII: «Vení, que reiréis con la hornera que está allí, y dice que trajo a su hija virgen a Roma, salvo que con el *palo* o *cabo* de la pala la desvirgó; y miente, que el sacristán con el *cirio pascual* se lo abrió». La sinonimia se entremezcla con la polisemia en un pasaje como éste, en el que asimismo alienta aquel rancio espíritu de todo el folclore hispánico que identificaba los hornos con focos de prostitución y que acabaría

<sup>79</sup> Lozana, pp. 78, 100, 208, 223, 224, 225, 250. En alguno de estos ejemplos la sinonimia puede haberse dado sobre la base del significado fundamental de una palabra y el figurado de otra, así en el caso de *pegote* doblado por *jáquima*.

<sup>80</sup> Lozana, pp. 100, 103, 202.

<sup>81</sup> Lozana, pp. 82, 208.

<sup>82</sup> Ficticia incompreensión, porque *rufián* era un término ampliamente conocido en castellano desde mucho antes de la época de Delicado (cf. DECH, s.v.).



cuajando en asendereado motivo del refranero popular: «Panaderuela es la mozuela: sombrero y rebozo, y el culo de fuera», «¿Puterías en mi horno? ¡De pensarlo me abochorno!»<sup>83</sup>. Otras veces la simple correlación entre un sintagma de sentido figurado y un verbo de significado directo, contraste también aquí de cultismo y popularismo, bastará para acentuar el efecto hilarante de toda una escena, así en ésta del M. VII: «Dejáme ir a *verter aguas* que [...] no me paré a mis necesidades» - «perdonáme, que luego torno, que *me meo* toda».

Omnipresente está a lo largo de la *Lozana* la reiteración de voces sinónimas, y no es exagerado afirmar que el virtuosismo del escritor andaluz agota las posibilidades que en este aspecto del léxico la lengua encierra. En vista de lo cual, en modo alguno será irrelevante el hecho de que en la «Explicación» final de esta obra brote incontenible una extensa concatenación de términos semánticamente próximos, auténtica eclosión de formas y de matices significativos que se aplica, precisa y justamente, a adornar con profusión léxico-semántica la caracterización puramente nominal de la protagonista: «Ansí que Vellida y Alaroza y Aldonza particularmente demuestran cosa *garrida* o *hermosa*, y Lozana generalmente *lozanía*, *hermosura*, *lindeza*, *fresqueza* y *belleza*»<sup>84</sup>.

5. Todavía cuenta Delicado con nuevas fuentes de enriquecimiento de su lengua literaria. A tal fin no se olvidará de la existencia de las palabras polisémicas, *frenillo*, verbigracia, que usa con su ac. 'membrana que sujeta la lengua por la línea media de la parte inferior' («porque dejó el *frenillo* de la lengua en el vientre de su madre») y con la de 'ligamento que sujeta el prepucio al bálano' («¡Ay, ay, sois muy muchacho y no querría haceros mal!» - «No haréis, que ya se me cortó el *frenillo*») <sup>85</sup>. Ahora bien, el efectiismo literario surgirá plenamente conseguido siempre que el autor se decida a jugar al equívoco aprovechando la plétora semántica de ciertos vocablos, lo que se verifica en los mamotretos XXIII y XXXI con las voces *madre* y *secreta* que en ellos aparecen:

1) Lozana. Decí a su merced que está aquí una española, a la cual le han dicho que su merced está mala de la *madre*, y le daré remedio si su merced manda.

Cortesana. ¿De mi *madre*? ¡Vieja debe ser, porque mi *madre* murió de mi parto!

2) Va, dí tú al capitán que lo meta en *secreta*.

Esbirro. ¿En qué *secreta*?

Barrachelo. En la mazmorra o en el forno.

<sup>83</sup> Más datos sobre este aspecto del folclore hispánico aduzco en mi trabajo «Sobre el léxico de la prostitución en España durante el siglo XV», en *Archivo de Filología Aragonesa*, XXIV-XXV (1979), pp. 257-273.

<sup>84</sup> No deja de ser curioso que Delicado diga que es «particular» el significado de *garrida* y *hermosa*, adjetivos formados sobre términos de sentido concreto, y «general» el de los sustantivos abstractos (*belleza*, *fresqueza*, *hermosura*, *lindeza* y *lozanía*), cuando identifica a unos y otros elementos léxicos con la suma de las connotaciones semánticas que los apellidos de la Lozana encierran.

<sup>85</sup> *Lozana*, pp. 74, 115. Se trata de las acepciones 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> que para esta voz se dan en el *DRAE*.

5.1. De la vertiente fonética del léxico también sabe sacar Delicado algunos destellos de jocosidad, particularmente con deformaciones de doble sentido, tal la que en el M. LV tiene por agente al tartamudo Coridón, quien a instancias de la Lozana ha de «decir en español *arrofaldada, alcatara, celestial*» y no llega sino a balbucear *a-rro-fia-na-da, al-ca-go-ta-ra, ce-les-ti-nal*. Y en el M. LXV el «asno de micer Porfirio» refleja de la siguiente manera el borrical lenguaje de «Robusto, su asnico»:

Bien sé yo que a este Robusto le falta lo mejor, que es el leer, y si en esto lo examinan primero, no verán que sabe cantar, y así me lo desecharían sin grado, y yo perderé mi apuesta.

— ¡Robusto, canta!

— Ut-re-mi-fa-sol-la.

— ¡Dí comigo! ¡Más bajo, bellaco! ¡Otra vez! Comienza del la-sol-fa, híncate de rodillas, abaja la cabeza, dí un texto entre dientes, y luego comerás:

— Aza-aza-aza-ro-ro-ro-as-as-as-no-no-no.

— ¡Ansí! Comed agora y sed limpio.

5.2. Ocasión habrá igualmente para la comparación, ya sea de la clase sintáctica que hay en el M. XXXII («¿No miráis vos cómo yo vengo, *amarga como la retama*, que me quieren ahorcar a mi criado?»), ya sea la de carácter genuinamente léxico que hallo en el M. VII («traye consigo un hermano fraire de la Merced que tiene una *nariz* como *asa de cántaro*, y el *pie* como *remo de galera*»). De la comparación y de la polisemia se nutren las numerosas metáforas que jalonan la lengua de la *Lozana* en su nivel léxico-semántico. Aunque son de muy variada significación —por ejemplo, la nariz de la protagonista comida de sífilis se llamará *chimenea*, y *cabestro de símiles* la ramera vieja que hace de tercera (mamotretos XXIV, XLIV)—, sin embargo las más frecuentes y llamativas giran en torno al sentido sexual, de modo que el miembro viril recibirá las denominaciones ocasionales y figuradas de *caramillo*, *cirio pascual*, *garrocha*, *mazorcón* y *penca*, entre otras, *barriles* y *cara de ajo* serán los testículos, y *cabalgar* el verbo con el que se designa el acto carnal.

6. En conclusión, Francisco Delicado utiliza los recursos propio del español de su tiempo, aunque pasados por el tamiz de la formación intelectual recibida y condicionados por la personal circunstancia de bilingüismo a que largos años de estancia en Italia lo habían conducido, contando también con un cierto determinismo derivado de la naturaleza regional que le pertenecía. No obstante, nuestro autor no se limita a una mera reproducción mimética de la realidad lingüística; al contrario, la adapta a su particular concepción de la creación literaria y a los fines expresivos que persigue, dibujando paralelismos entre palabras españolas e italianas, estableciendo continuas equivalencias sinonímicas, jugando al equívoco con ellas y con el fenómeno de la polisemia, trazando imágenes léxicas de doble sentido o echando mano de vocablos de significado traslaticio, algunos de ellos tal vez acuñados semánticamente por él.

Delicado no sólo hará literario a su manera el hecho lingüístico, sino que incluso llegará al extremo de la pura y simple deformación, unas veces, y de

la verdadera conformación léxica, otras. Del primer caso he puesto ya ejemplos en lo que precede (cf. § 5.1.) —las variantes *público* y *públique* ‘burdel’, respectivamente de los mamotretos XXI y XXVII, con toda probabilidad responden a razones de realismo lingüístico<sup>86</sup>—. Del segundo hallo un clarificador registro en el verbo *caballar*, inexistente en español, que sólo conoce el adjetivo homófono, construido por el clérigo andaluz en el M. XXXVII sobre la única base de una relación etimologizante con *cabalgar*:

Patrón. ¿Cómo besar? ¡Que la quiero *cabalgar*!

Lozana. ¿Y adónde quiere ir a *caballar*?

Patrón. ¡Andá, pará, puta zagala! ¿Burláis?

Es bastante posible que algo parecido haya ocurrido en el segundo miembro de esta coordinación sinonímica del M. XLII («por esto son todas estas *braverías* o *braveaduras*»), pues nuestros más importantes compendios lexicográficos no recogen *braveadura*, que muy bien pudo ser formado por el mismo Delicado sobre *bravear* apoyándose en las terminaciones del adjetivo *braveador* y del abstracto *bravura*.

Sea como fuere, no deja de ser un desiderátum de difícilísimo cumplimiento el de discernir hasta dónde alcanza la creación individual en el terreno de lo lingüístico por parte del autor literario considerado, y dónde no hay sino acomodación artística de modelos preexistentes, porque sólo una completa documentación pancrónica, o al menos anteriormente diacrónica, de los diferentes elementos idiomáticos empleados en ésta, o en cualquiera otra obra, ayudaría con suficiente eficacia a resolver tamaño problema. Ahora bien, si en español la distancia que media entre sus modalidades oral y escrita es menor que en otras lenguas de cultura europeas, el acierto mayor de Delicado quizá consista en su innegable habilidad para convertir en expresión literaria formas y giros corrientes en un hablar coloquial salpicado con términos del vocabulario de la prostitución. Pesan, indudablemente, en *La Lozana andaluza* la rémora del cultismo, en muchos pasajes usado con prodigalidad, y la ganga de la, en demasiadas ocasiones, excesiva acumulación de italianismos, de alguna manera achacables uno y otro defecto al ambiente cultural de la España en que se formó intelectualmente Delicado y a su condición de hablante bilingüe<sup>87</sup>. Pero, concedido esto, el palpitante cuadro de la cosmopolita Roma inmediatamente anterior a su saqueo por las tropas imperiales abunda en fragmentos henchidos de

<sup>86</sup> En el primer caso *público* constituye un cultismo castellano-español; en el segundo *públique* debe ser una adaptación del cat. ant. *públic* ‘mancebía’, pues esta forma se emplea tras una alusión a cierta prostituta valenciana («Más vale puta moza, que puta jubilada en el *públique*»), y en el M. LIII se mencionará el *públique de Valencia*. No se trata, por consiguiente, de ningún hecho casual, sino que hay que entender el registro de ambas variantes léxicas en la *Lozana*, palabras de lenguas diferentes en realidad, como el resultado de los saberes lingüísticos y extralingüísticos de Francisco Delicado.

<sup>87</sup> Tomando como materia de comentario el contraste entre la lozanía y la abyección con que el cuerpo y la personalidad de la protagonista se describen, y la despreocupación con que sus amantes acostumbran a aceptar su lado negativo, escribe Allegra: «Es otro punto en que prevalece la jocosidad todavía medieval del libro, y hace más difícil creer que los vislumbres humanistas que aquí y allá parecen asomarse por las páginas de *La lozana* sean algo realmente arraigado en la

frescura lingüística y de centelleos conceptuales. Mucho más que por su morfosintaxis, la lozanía semántica, en consonancia con el apodo de la aventurera protagonista del relato, y la abrumadora riqueza formal del léxico de este corpus literario hacen de él uno de los más dignos de ser leídos y estudiados de cuantos se compusieron en la primera mitad del quinientos español.

conciencia estética y moral de Delicado» (*Estudio preliminar*, p. 32). Para el esclarecimiento de algunos importantes aspectos de esta compleja problemática ideológica hay que recomendar la lectura del recién aparecido libro del P. MIGUEL BATLLORI, *Humanismo y Renacimiento*, Ariel, Barcelona 1987.